

EL GENERO COMO SENTIMIENTO COMUNICABLE COMPARTIENDO EL ESPACIO CON PROSTITUTAS EN LIMA, PERU¹

Lorraine Nencel*

El género como sentimiento comunicable se refiere a la creciente aceptación en la antropología de que tanto los momentos subjetivos y menos convencionales experimentados durante el trabajo de campo, así como las relaciones interpersonales al interior del mismo trabajo, son fuentes de conocimiento². Esto conlleva que lo que el investigador siente durante la investigación es tan importante para entender el género como lo que ve y oye. Ser capaz de sentir lo que está sucediendo es parte de un proceso continuo que acompaña al investigador durante su trabajo de campo.

* Centro Latinoamericano de Investigación y Documentación. Universidad de Amsterdam.

1. Este estudio está financiado por WOTRO, Fundación Holandesa para el Avance de la Investigación Tropical, y el Instituto Belle van Zuylen de la Universidad de Amsterdam. Durante el período de trabajo de campo (marzo 1990-abril 1991) estuve afiliada al Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (Lima) y fui investigadora social en el Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
2. Ver por ejemplo el trabajo de Renato Rosaldo, *Culture and truth: the remaking of social analysis*, especialmente su ensayo «Grief and a Headhunter's rage», en el cual describe su dolor ante la pérdida de su esposa y cómo esto le dio la posibilidad de finalmente entender lo que los Llongot's entendían por rabia en relación con la caza (headhunting). Ver, luego, el libro de Paul Stoller *The taste of Ethnographic things: the senses in Anthropology*; las experiencias sensoriales de este autor no solamente son fuentes de conocimiento: además se incluye experiencias objetivamente inexplicables en relación con la brujería.

Mi experiencia en este trabajo ha sido un conglomerado de sensaciones y sentimientos. Yo he sentido el género como comunicación a través de mis relaciones y en las relaciones de los demás; no siempre pude tocarlo o articularlo, pero pude sentirlo. Estaba presente en acciones y palabras tanto como en momentos de silencio y negación. Ser capaz de *sentir* el género como comunicación añade otra dimensión al trabajo. Evoca significados producidos en un espacio cultural, permitiendo que aquellas manifestaciones de género que son menos visibles puedan tener voz³.

En general, el género puede ser considerado una palabra doméstica en la antropología feminista occidental. Es un punto focal en el rango de estudios que incluyen la investigación sobre la actividad de las mujeres, sus luchas y sus identidades. El género —es decir, la construcción de la masculinidad y la femineidad en un contexto cultural específico— puede discernirse en las actividades en las cuales los individuos están involucrados (por ejemplo, la división del trabajo), escucharse en las palabras que pronuncian y ser reconocido en las leyes que los gobiernan. Para decirlo de otro modo, tiene bases tanto materiales como ideológicas que están intrínsecamente relacionadas. Moore afirma que “el poder de los estereotipos de género no está sólo en la mente, ya que éstos tienen una realidad material perfecta que ayuda a reforzar las condiciones sociales y económicas que han desarrollado y empleado” (1988:38). El hecho de que los estereotipos de género se materialicen en un contexto dado ha llevado, consecuentemente, a confinar gran parte de la investigación sobre género a sus manifestaciones visibles.

Una ilustración de cómo esta tendencia opera en la investigación puede encontrarse en la forma en que el machismo ha sido utilizado en la elaboración teórica en América Latina. El machismo, poco a poco, ha sido equiparado

-
3. Aunque soy consciente del riesgo de que una definición elaborada de lo que «sentir» signifique dentro del trabajo de campo contribuya a su cosificación (que es precisamente lo que trato de evitar), me parece necesaria una mayor explicación. Recibí muchos y diversos comentarios que me mostraron que, aunque los sentimientos son algo que todos ponemos en el trabajo, no es aceptable hablar de ellos sin definirlos en términos de lo que puede ser validado científicamente.

Los sentimientos en el trabajo de campo pueden ser comparados con la discusión de Patai sobre el uso de la narrativa oral. Ella dice: «las narraciones orales tienden a evocar, más que a describir emociones, de la misma manera que tienden a evocar, más que a describir el contexto cultural dentro del cual son vividas las vidas de los que hablan» (1988:148). Así, la habilidad de sentir mientras se realiza el trabajo no producirá definiciones simplistas de género sino que evocará imágenes y significados.

con la ideología de género, lo que ha oscurecido el planteamiento de otras normas ideológicas sostenidas que no se adhieren totalmente a rasgos de carácter estereotipados. Sin embargo, estas normas son constituyentes de la ideología de género⁴. Se da énfasis a aquellos atributos de la ideología de género que son visibles —por ejemplo, los hombres en la calle/las mujeres en la casa— o que sirven comúnmente de referencia, tal como la dicotomía madre/prostituta. En los estudios realizados sobre la prostitución en el Perú, puede encontrarse la tendencia a representar la ideología de género de manera muy simplificada, evitando complicaciones.

En el contexto peruano las vidas de las mujeres que se prostituyen nunca han sido conceptualizadas integralmente. Sólo han sido estudiadas en términos de lo aparente. Así, existe la necesidad de desafiar esta tendencia desarrollando otra aproximación para tratar el tema. Está más allá de los objetivos de este artículo extenderse en este punto. Es suficiente decir que, dentro de la aproximación utilizada en este proyecto de investigación, un aspecto que ha probado ser extremadamente vital ha sido la capacidad de sentir el proceso de la construcción de género en mis relaciones interpersonales en el campo.

Las mujeres que se prostituyen están restringidas al espacio en que “la puta” es activa. El perfil de “la” prostituta que aparece está basado en imágenes estereotipadas de ésta. Los autores intentan explicar su comportamiento utilizando explicaciones causales que se apoyan en variables sociales y económicas abiertamente observables. Dichos estudios no solamente revelan las limitaciones analíticas de cada autor, sino que dejan ver el color de su disposición moral con relación a este tema “controvertido”. La identidad de género no se presenta como un concepto definido; más bien refleja un ejercicio lógico de deducción.

He limitado este artículo a tres áreas del trabajo de campo en las cuales el proceso fue claramente sentido. Estas se han sintetizado en momentos que he llamado confrontaciones. El término confrontación se refiere a dimensiones diferentes que constituyen las relaciones interpersonales en el trabajo de campo.

4. Esta tendencia también se encuentra en los estudios sobre el trabajo. Para una crítica de cómo el concepto de género es conceptualizado en relación al trabajo a domicilio (homework studies) ver L. Nencel (1988); aunque este estudio está limitado a un área del trabajo remunerado femenino su crítica puede tener implicancias mayores.

A un nivel abstracto nos recuerda la continua confrontación que existe entre el investigador y el sujeto, el Yo y el Otro, “el resto y Occidente” (Dwyer 1979). Empíricamente este término representa los encuentros —frecuentemente los encuentros conflictivos— que se dan entre diferentes subjetividades en el trabajo de campo. Podrá apreciarse que la relación entre nuestras diversas subjetividades produjo significados que, a) arrojaron más luz sobre nuestras experiencias subjetivas sobre identidad de género y b) hasta cierto punto reflejaban significados de género que tienen connotaciones más amplias en la sociedad en su totalidad. Finalmente, este término, que ilumina un aspecto de las relaciones en el trabajo de campo, coincide con la manera en que el trabajo en general ha sido llevado a cabo.

El período de trabajo de campo puede ser considerado un momento en el cual se “compartió el espacio” con mujeres que se prostituyen, con sus amistades, amantes y clientes. Se opta por el término “compartir el espacio” más que por el de “observación participante”: el primero expresa los diferentes niveles de contacto en el lugar elegido, desde una intensa comunicación donde se compartió pensamientos, ideas y bromas, hasta la mínima forma de comunicación, en la cual lo único que fue literalmente compartido fueron el espacio físico y el silencio entre nosotras⁵. El término es aún más apropiado cuando uno se da cuenta de que el trabajo fue básicamente realizado en tres espacios concretos: un restaurante, una discoteca y la casa de una mujer que cocinaba para las prostitutas de la calle. Estos eran los lugares donde las personas se encontraban, las identidades chocaban y nuevas identidades eran creadas. La manera que una era percibida, no siempre coincidía con la forma en que la persona en cuestión se percibía a sí misma. Las percepciones eran construidas en las interacciones que tenían lugar en los espacios compartidos. Hasta cierto grado era el espacio físico lo que nos acercaba, ya que en ningún momento pudimos pasar por encima de nuestras diferencias. Los momentos en que la extraña podía ser considerada “una de nosotras”, tal vez un raro espécimen pero a pesar de ello identificado como miembro del grupo⁶, nunca se materializaron por completo. Ambas partes fuimos, en gran medida, “el otro”. Sin embargo, en medio de estos momentos también hubo elementos

5. Este término fue desarrollado en conversaciones con Germinal, una Organización No Gubernamental que en parte trabaja con hombres que se prostituyen. Estoy agradecida por su apoyo e inspiración.

6. Este proceso de aculturación es asumido como una de las consecuencias lógicas de la observación participante.

placenteros y afectivos que a pesar de nuestras diferencias nos permitieron conocernos mutuamente y considerarnos amigas⁷.

Las confrontaciones seleccionadas muestran que existe más detrás del género de lo que se percibe a simple vista. Sin embargo, antes de que esto sea evidente se requiere de un paso previo. Primero debemos familiarizarnos con los discursos utilizados en relación con el fenómeno de la prostitución.

UBICANDO A LA PROSTITUTA DENTRO DE...

En la víspera del 456º aniversario de Lima yo iba en un taxi. El chofer escuchaba las noticias. El editorial abrió declarando que “Lima es la ciudad más bella de América Latina”. No pude evitar sonreír para adentro, y traté de imaginar esta belleza. El locutor continuó: “...Sin embargo, se ve enfrentada a diversos problemas crónicos que no le permiten crecer hasta su gloria”. Enumeró tres que uno puede ver en abundancia en las calles limeñas: los ambulantes, la basura (el grueso de la cual, se dice, es producida por los ambulantes) y la prostitución. Dijo que su preocupación no era de orden moral, pero pidió a los radioescuchas que reflexionaran sobre si podría considerarse normal que en pleno centro de la ciudad la prostitución estuviera en su apogeo. Su comentario terminó sugiriendo que las soluciones eran necesarias si se quería hacer justicia a la belleza de Lima.

A pesar de las huellas de liberalismo en la voz de este locutor, la prostitución en Lima sí se trata como un problema moral⁸. Se ve como una enfermedad incurable. Y, si no puede ser curada, por lo menos debe impedirse

7. La palabra *amigo*, o *amiga*, en Lima se utiliza con bastante libertad. Cuando uno recién es presentado a alguien, la clasificación «conocido» es raramente utilizada. Por lo general la gente lo presenta a uno como amigo aunque acabe de conocerlo o si son efectivamente amigos de varios años. En este sentido, el concepto de amistad difiere de la noción occidental. Yo añadiría otra dimensión al concepto en este contexto de investigación: a saber, que uno puede ser considerado amigo a pesar de las limitaciones de la relación.

8. Hay una distinción entre prostitutas clandestinas y prostitutas licenciadas. Las licenciadas, que se ubican dentro de la «jurisdicción protectora» del estado local, son consideradas un peligro menor y por ello menos inmoral que las clandestinas, que en la mayoría de los casos irrumpen en la ciudad visiblemente y así «amenazan la moral de la sociedad abiertamente». Sin embargo, esta distinción es en sí misma una construcción moral, que devuelve la prostitución a un conjunto arcaico de valores morales.

su expansión. Este es un tema que con regular frecuencia tratan los medios de comunicación. Muchos alcaldes distritales han lanzado campañas para erradicar la prostitución clandestina de sus áreas. Y, por supuesto, se piensa que ella es una de las causas de la propagación del virus del SIDA.

En el contexto peruano hay tres posiciones relevantes frente a la prostitución que son relevantes. Aunque cada una de ellas utiliza discursos, modelos explicativos y estrategias diferentes para combatirla, están más cerca una de la otra de lo que sus defensores quisieran admitir. Todas sitúan a la prostitución y a la prostituta dentro del marco de un problema moral que debe ser solucionado. Más aun, como ya se ha mencionado, los significados de género que han producido estas perspectivas están restringidos a la actividad de la prostitución o directamente relacionados a ella.

La primera de estas posiciones, y la que ha tenido mayor impacto en esta época, es la de los “reglamentaristas”, los primeros en intentar encontrar una solución al “problema”. Sus artículos fueron publicados desde 1858⁹ y demandaron una regulación de este “mal necesario” a fin de garantizar el bienestar de la sociedad. Se aceptaba la inevitabilidad de su existencia; ello, sin embargo, no implicaba su aprobación. Como lo expresa Villar:

“Doloroso es confesar que la prostitución es inevitable a las sociedades; ella es en lo moral como la basura en lo físico” (1858b:186).

En los artículos reglamentaristas raramente aparecen las mujeres como actores sociales. Una de las áreas de interés que demuestra ser una excepción a ello son las motivaciones de las mujeres para entrar en el comercio. En esta área son reportados los factores personales que influyeron en sus decisiones, acentuando ciertos factores sociales o económicos e ignorando otros. Adicionalmente, los artículos suelen incluir una consideración derogatoria con respecto a la personalidad de la mujer en cuestión. Una representación típica puede encontrarse en la primera parte del artículo de Villar, que bosqueja la situación hipotética de una migrante recién llegada y traza su trayectoria hasta el momento en que se convierte en prostituta. Sin embargo, son finalmente su vanidad y su desidia las que la motivan a entrar “al vergonzoso mercado de la sensualidad” (Villar 1858a).

9. Ver, por ejemplo, Avendaño, L. (1892), Muñiz, M. (1887; 1988), Olaechea, M.A., M. Aljovín, et al. (1917), Valdizán Medrano, H. (1909).

Los esfuerzos de los “reglamentaristas” no fueron en vano. Desde 1910 la prostitución fue regulada. El hecho de que la prostitución y, por ello, las prostitutas hayan sido conceptualizadas desde los años 1850 como controlables ha hecho que las autoridades contemporáneas limiten su tarea a la búsqueda de soluciones que hagan más efectivo el control. Más aun: las mismas mujeres, trabajen legal o ilegalmente, han internalizado la premisa de que la prostitución debe ser controlada.

La segunda posición tuvo su apogeo entre los años 30 y 40 y fue la de los abolicionistas. El Comité Abolicionista Peruano fue fundado en 1936 (Santiváñez 1945) y se mantuvo activo hasta los años 60. Los abolicionistas estaban firmemente en contra de la regulación y consideraban la prostitución un acto ilícito. A diferencia de sus predecesores, que apuntaban el dedo de la culpa hacia las prostitutas (mujeres que habían “caído”), los abolicionistas enfatizaron el rol que jugaba la sociedad al haber creado la desigualdad sexual. Las prostitutas eran, entonces, víctimas de la injusticia social.

Sus recomendaciones apuntaban a cambios sociales drásticos, tales como una igual remuneración para hombres y mujeres. Proponían la educación sexual en las escuelas, educación vocacional para mujeres, hostales para las migrantes recién llegadas, recomendaciones consideradas medidas preventivas en la lucha contra la prostitución (Solano 1936;1952). La regulación fue considerada un signo de la degradación moral de la sociedad y culpada de la perpetración de la prostitución.

Para el lector contemporáneo los abolicionistas podrían aparecer como los pensadores liberales que anunciaban el pensamiento feminista. Sin embargo, un análisis más cercano revela que sus argumentos reflejaban los valores dominantes prevalecientes en esa época.

La protesta expresada con relación a la explotación de las mujeres estaba basada en la consideración de su función primaria de alimentar y cuidar a los hijos. En uno de sus muchos artículos sobre el tema de la abolición, Susan Solano, abogada y cofundadora del Comité Abolicionista, protesta contra la “propaganda seudocientífica” con relación a los métodos de control natal y advierte que “no debe permitirse que se deforme la mentalidad femenina con doctrinas snobistas; la más noble misión de la mujer es ser la perpetuadora de la especie” (1937:304). Sus argumentos contra la prostitución estaban en parte basados en las doctrinas eugénicas que consideraban que la pureza de la raza peruana estaba amenazada por su existencia. En en ningún momento

se decía explícitamente a qué raza se referían, pero era lo menos probable que fuera a las poblaciones indígenas¹⁰.

Si se examina el pensamiento abolicionista con más detalle, aparecen múltiples contradicciones. A pesar del hecho de que esta doctrina enfatizara los factores estructurales como causas de la prostitución, seguían considerándola un acto ilícito. Aunque no hacían hincapié en rasgos personales de carácter y sí en la injusticia estructural, la imagen de la prostituta como individuo no quedaba inmaculada. Estupiñán & Marcos, estudiantes de medicina con simpatías abolicionistas, presentan a la prostituta como una persona que vive en la pobreza, pero para quien ésta no es el principal motor:

“Muy pocas son las que sufrieron verdadera miseria económica. Lo que sí sufrieron todas sin excepción es de profunda miseria moral.” (1958:7).

Ya sea que los artículos estén escritos por abolicionistas o “reglamentaristas”, sus representaciones de las prostitutas tienden a parecerse. Veamos, por ejemplo, la imagen de femineidad que emerge en relación con la pobreza. De una parte, la pobreza y sus implicancias sociales y económicas son reconocidas como un factor condicionante claro para entrar en el comercio. De otra, su significación se vuelve borrosa y rasgos como la promiscuidad, la ignorancia y el ocio son considerados inherentes al concepto de pobreza. Se deduce de ello que debido a estas características ciertas mujeres están naturalmente inclinadas a volverse prostitutas. Las prostitutas, entonces, no son percibidas sólo como víctimas de sus circunstancias, sino también de sí mismas.

La tercera posición debería ser familiar al feminismo académico, ya que se origina en la teoría feminista. La prostitución es aquí conceptualizada como una esclavitud sexual y señala a la sociedad patriarcal como causante¹¹. Es extraño que la posición teórica feminista con respecto a la prostitución

10. En el boletín del movimiento abolicionista peruano se incluye un artículo escrito por uno de los miembros del comité (Bambarén 1958) titulado «Enseñanza de la eugenesia».

11. Estoy omitiendo a propósito los avances más recientes en la literatura sobre prostitución (ver, por ejemplo, Pheterson, G. (ed.) *A vindication of the rights of whores*, Seattle: Seal Press, 1989, o Delacoste, F. & P. Alexander (ed.) *Sex work: writings by women in the sex industry*, Londres: Virago, 1987), en que las prostitutas defienden sus derechos como trabajadoras del sexo y atacan la doble moral en lo que se refiere a prostitución. Con la

contraste profundamente con otras preocupaciones y desarrollos en la teoría feminista. En general, en la última década el feminismo ha tomado conciencia de las realidades multidimensionales de las mujeres y ha intentado, en muchos casos con éxito, incorporar la subjetividad y la reflexión en sus desarrollos teóricos. Las voces de las mujeres marginadas —tales como las madres solteras— resuenan en estos trabajos. Sin embargo, la teoría feminista con respecto a las mujeres que se prostituyen tiende o a objetivizarlas, o a presentarlas como víctimas.

En un estudio serio y a profundidad llevado a cabo en la República Dominicana sobre la prostitución C. Calvancati et al. (1986)¹² presentan a las mujeres que se prostituyen como “mujeres prostituidas” y evitan utilizar la palabra ‘prostituta’. “La mujer no es prostituta sino que está en situación de esclavitud sexual. No es prostituta sino que está prostituida” (1986:12). Esta aproximación reduce la complejidad de la prostitución a una explicación lineal que victimiza a las mujeres. Por ello, uno de sus inconvenientes es que no puede ir más allá de mostrar cómo operan los mecanismos de opresión. Esto, a su vez, limita la representación de género a imágenes de la prostituta que concuerdan con la teoría de la esclavitud sexual. Dicha teoría parece haberse congelado en el tiempo, y sin embargo muchos aún la utilizan como el único modelo explicativo.

Los adherentes a la teoría feminista de la esclavitud sexual están a favor de la abolición. Probablemente habrían estado de acuerdo con los abolicionistas en que la prostitución tiene su origen en la injusticia estructural. Sin embargo su punto de partida —la subordinación de la mujer en la sociedad patriarcal— difiere del punto de vista abolicionista clásico.

Las tres posiciones presentadas expresan objeciones morales a la prostitución. En tanto que “reglamentaristas” abolicionistas y feministas apoyan la teoría de la esclavitud sexual y conceptualizan la prostitución como una

probable excepción de Brasil, la situación en América Latina no puede ser comparada con la de occidente. Esta tendencia en la literatura es un desarrollo positivo pero sigue siendo un discurso occidental.

12. He escogido un estudio sobre la prostitución dominicana debido a que su marco teórico es representativo para los grupos feministas peruanos que trabajan con prostitutas pero sólo han publicado folletos mimeografiados y nunca han llevado a cabo un estudio de estas proporciones.

actividad que es y/o debería ser considerada vergonzosa o degradante. Esta postura subyace a la construcción de cómo se conceptualiza la femineidad.

La legislación y los debates históricos sobre la prostitución son dos de los espacios donde los significados de género resuenan y son reproducidos. Estos significados se han anidado cómodamente en la situación contemporánea en la que viven y trabajan las mujeres que se prostituyen. Es con este telón de fondo —esta configuración de significados— que yo, como antropóloga, entré y exploré la manera en que dichos significados, producidos a lo largo del tiempo, han afectado las vidas de las mujeres y sus autopercepciones.

LA VIDA NOCTURNA Y “EL AMBIENTE”¹³

En una de las zonas de Lima conocida por su vida nocturna hay una calle de restaurantes. Para la mayor parte de la gente que simplemente transita por allí o que entra a comer, es un lugar donde pasar una noche agradable. Para otro grupo, que frecuenta esta calle y sus alrededores, la experiencia de la vida nocturna es completamente diferente. Es el lugar donde pueden ganar plata como mozos, vigilantes, vendedores de flores, guardianes, prostitutas callejeras, en transacciones ilegales o como una antropóloga o su asistente. Hay además otras personas que pertenecen a este grupo y que se sienten atraídas por la vida de la noche. Son asiduos a uno de los restaurantes donde todos caemos. A medida que la noche avanza, las calles y los establecimientos pertenecen más a quienes son considerados parte del “ambiente”.

No es mi intención crear dos mundos diferentes, porque en la realidad están entrelazados. Por momentos son indistinguibles. Sin embargo, tanto la gente que conoce la vida de la calle como la que está al tanto de los artículos de los diarios que hablan sobre esta zona conocen el trasfondo. Aquéllos que de alguna manera se identifican como parte de “el ambiente” hacen consciente o inconscientemente una distinción entre sí mismos y las otras personas que frecuentan la zona.

13. Por las noches trabajé con Roberto Bielich Thiessen, quien fue un valioso amigo. El también fue responsable de las entrevistas con hombres sobre sexualidad e imagen de género. Estoy más que agradecida por su ayuda, sin la cual habría sido imposible lograr lo que yo deseaba.

No hay una definición clara de lo que es “el ambiente”, pero la palabra evoca determinadas imágenes. Hasta cierto punto es un concepto espacial. Sus fronteras están delineadas por algunos establecimientos. Por ejemplo, las mujeres que trabajan como prostitutas son echadas de algunos restaurantes, pero en otros su presencia es virtualmente aceptada. Existe también una aceptación tácita de que las vidas que llevan no van bien con el status quo. Además está presente un elemento de riesgo que por ser parte de la vida cotidiana no es considerado peligroso sino parte de la rutina. Si la policía se lleva a alguien es más probable que la discusión gire alrededor de qué error se cometió, en vez de que muestre preocupación por la situación de la persona. Finalmente, las amistades y relaciones parecen ser transitorias y muy frágiles. En muchos casos se fundan en el recelo y la falta de confianza. Las alianzas se establecen tan fácilmente como se rompen. Una simple discusión podría terminar con la relación entre dos buenos amigos. Ellos dejarán de hablarse, evitarán sentarse en la misma mesa durante semanas hasta que por alguna razón, sin discutir el asunto, retomarán la relación. Paradójicamente, aunque todo parece ser pasajero, muchas de las personas que conforman este mundo pertenecen a él desde hace varios años. Sin duda, sus experiencias en “el ambiente” dan un color particular a su visión de la vida en general.

Es obvio que este bosquejo de “el ambiente” es mi propia construcción y está parcialmente basado en la cantidad de noches que pasé con mi asistente entre esta calle y una discoteca cercana. Sin embargo, también está fundado sobre las impresiones que la gente tenía de nosotros dos, en por qué decían que disfrutaban de nuestra compañía. Podían confiar en nosotros, y siempre éramos buenos para conversaciones de otro tipo. Las personas que conocimos nos distinguían de sí, pero tampoco nos trataban como visitantes. Esto fue evidente cuando, por alguna oscura razón, una de mis buenas amigas dejó de hablarme y me evitó durante alrededor de cuatro meses. Así, el hecho de ser diferentes era una noción relativamente flexible.

Las mujeres que trabajan en esta área, ya sea en las calles o en la discoteca, son mejor pagadas que las prostitutas de la calle que trabajan en otras zonas o en burdeles legales. La tarifa actual equivale a 50 dólares. Aunque todas las mujeres decían recibir esta cantidad, había ocasiones en que aceptaban menos o en todo caso tenían que negociar antes de recibir lo que pedían. No era frecuente que alguien admitiera fácilmente que cobraba menos, ya que ello implicaba que eran prostitutas de menor categoría. Por lo general tenían uno o dos clientes por noche, pero a veces ninguno.

La mayoría de los clientes son personas de clase media o turistas que buscan compañía y también encuentro sexual. Suele crearse una ilusión momentánea en la que, hasta cierto punto, las mujeres actúan y son tratadas como eventuales novias. Por lo general las mujeres que trabajan con clientes de clase media son consideradas prostitutas de clase alta, lo que hace suponer que disfrutan de una vida lujosa y tienen menos problemas económicos y emocionales que las mujeres que trabajan en sitios menos afortunados. Esta distinción divide la categoría prostituta sobre bases morales: las que en verdad lo hacen por necesidad económica y aquéllas de “clase alta”, que están motivadas por razones menos nobles (por ejemplo, porque les gusta “hacerlo”).

Esta afirmación, que suele aceptarse sin cuestionamientos, confunde el status económico del cliente con el de la prostituta. Por supuesto que las mujeres que son relativamente bien pagadas tienen mayores posibilidades financieras. Tienen la posibilidad de ahorrar (a pesar de que la actual crisis económica que sufre el país hace que en estos momentos el ahorro sea difícil para cualquiera), pero el hecho de que ganen más no borra su pasado ni les hace a ellas más fácil aceptar lo que hacen. Muchas de las mujeres que trabajan en esta zona fueron criadas en la pobreza, viven en zonas populares y todavía están luchando económicamente. Los momentos de confrontación en el trabajo que a continuación son detallados mostrarán que las experiencias de las mujeres que se prostituyen en esta zona están lejos de la imagen mistificadora de la prostituta “de clase alta”.

I: CONFRONTANDO LOS OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN CON LA PRAXIS

Uno de los objetivos de este proyecto fue reorientar las posiciones sobre la prostitución presentadas anteriormente. Empezar a depurar los discursos que ellas presentan. La investigación fue diseñada para explorar en las complejidades de la femineidad —como mujeres y como prostitutas— y dar voz a aspectos e ideas que ellas consideraran significantes en sus vidas. Lenta pero firmemente, fui siendo confrontada con las dificultades que suponía llegar a estos objetivos.

Hubo momentos en nuestras conversaciones que dejaban entrever un conflicto que muchas de estas mujeres han experimentado. Este conflicto trata la relación entre su vida personal y laboral. Esto fue algunas veces expresado verbalmente y sin sutilezas. Daban respuestas cortas y rápidamente

cambiaban de tema cuando se les hacía preguntas relacionadas con su hogar o su familia. En otros momentos se utilizaba una táctica más refinada que podría ser llamada una “historia colectiva”: un recuento creíble sobre algún aspecto de la vida de una persona, de la cual se empieza a dudar sólo después de escuchar más o menos la misma historia a varias personas. Asimismo, ellas mostraron desgano para hablar sobre sus vidas personales de manera no verbal. Fue muy raro que una de las mujeres iniciara una conversación sobre su vida hogareña.

Una capa protectora rodea sus vidas personales, una capa que pretende mantener fuera a los extraños. Mentir es una táctica efectiva para este objeto. Tal como me dijeron en numerosas ocasiones, las mentiras matan la curiosidad, la mentira protege, la hace a una inmune en esta dura vida. En este sentido, mentir no contiene valores éticos o morales: es una consideración pragmática. Decir la verdad puede finalmente volverse contra ellas y esto podría tener severas repercusiones en sus vidas privadas.

En muchos casos las mujeres han decidido ocultar su trabajo a sus familias. Si viven dentro de ellas, inventan alguna excusa para explicar su ausencia durante las noches. Un pretexto utilizado con frecuencia es que trabajan en una discoteca. Otras mujeres han dejado a sus hijos en sus “tierras”, con sus padres, y no tienen que confrontarse diariamente con la necesidad de ocultar su trabajo real. Hay casos en que la familia sospecha o sabe cómo su hija se gana la vida; sin embargo, las mujeres siguen haciendo diferencias entre su vida personal y su trabajo. Algunas han insinuado a sus familias que están involucradas en alguna actividad ilegal (drogas, negocio de billetes falsificados) que puede explicar por qué tienen tanto dinero. Cuando le pregunté a una mujer que utilizó este pretexto si sus padres estaban preocupados, respondió: “Prefiero que piensen que trabajo en algo ilegal a que se enteren de cómo realmente me gano la vida”.

Este acto particular de ocultar un aspecto de sus vidas posibilita múltiples interpretaciones, dando más luz a las significaciones de la feminidad. Así, se ilustra cómo ocultar aspectos de sus vidas conlleva la carga de vivir una doble vida y la energía necesaria para llevar a cabo con éxito. En parte esta carga se siente debido a la vergüenza que sienten de trabajar como prostitutas y la que sentirían si otros se enteraran. Pero hay otros significados, relacionados con un comportamiento profesional que se requiere para el trabajo. Heyl (1979) considera el contacto breve, impersonal como una característica clara de la ocupación. Mentir, ser evasivas, etc. es una manera de crear tempora-

lidad, lo que es esencial en las relaciones entre la prostituta y el cliente. Tiene relación con esto la propia necesidad de las prostitutas de crear una ilusión de temporalidad. Como veremos más adelante, muchas prostitutas sueñan con salir del oficio cuanto antes. Tal vez este deseo no sea acorde con la realidad, pero las mantiene en pie. Así, las mujeres que se prostituyen crean una situación en la que se evita la permanencia, y esto les da la sensación de que pueden escaparse sin que se les haga demasiadas preguntas, o aún sin ser notadas.

Mi percepción de que existía un conflicto surgió por la forma en que las mujeres se relacionaban conmigo respecto a ciertos temas. Hubo un choque entre sus intentos de balancear sus experiencias de vida y de trabajo y los objetivos de la investigación a los que yo me aferraba con firmeza. Más que interpretar esto como un obstáculo, la confrontación que se desarrolló alrededor de los objetivos de la investigación me dio mayor orientación sobre las vidas de las mujeres que se prostituyen. Mi insistencia en conceptualizar la prostitución dentro de un contexto más amplio de feminidad terminó por revelar la lucha oculta que las mujeres tienen que enfrentar a diario. Si se me hubiera escogido para seguir las huellas de mis predecesores y me hubiese limitado a hacer un análisis de género de ellas sólo como prostitutas¹⁴, es probable que nunca habría podido llegar a sentir tan profundamente el dilema de sus vidas.

Más aun, las mentiras que ellas utilizaban como táctica se convirtieron en una nueva fuente de información. Es probable que una parte significativa de las cosas que escuché hayan sido mentiras. Aunque es menos exasperante cuando uno puede distinguir entre “la verdad” y las mentiras, mentir expresa otros tipos de información. Es la imagen que ellas quisieran presentar, o un modo de ocultar aspectos de sus vidas que no quieren que nadie llegue a descubrir. Finalmente, es una manera de soñar. De esta manera, mentir puede interpretarse como otra representación de la realidad. La aceptación tanto del acto de mentir como una parte seria de la investigación, así como del hecho de que uno bien puede nunca llegar a la verdad, pone en duda uno de los

14. Vuelvo a referirme a la discusión sobre cómo las mujeres que se prostituyen han sido tratadas en la literatura peruana. Evidentemente los objetivos de esos artículos -apoyar la posición «moralmente correcta» del autor sobre la prostitución- son diferentes de los míos. Sin embargo, continúa siendo la forma más común de analizar la prostitución.

principios de la tradición científica: que, en algún lugar, detrás de las mentiras está esperando la verdad¹⁵.

El descubrimiento de la necesidad de temporalidad que tienen las mujeres eventualmente mostró otro conflicto entre sus deseos y los trabajos del proceso del estudio. No importa a qué corriente antropológica uno pertenezca, al realizar el trabajo de campo una de las metas finales es comprender, darse cuenta de lo que está ocurriendo. Algunos tratan de descubrir un patrón lógico, si es que hay alguno, o están buscando la continuidad. Visitar a las mujeres en forma regular fue parte de la metodología para llegar a este objetivo. Mi intención de darme cuenta de las cosas por medio de las visitas regulares a las mujeres fue hasta cierto punto un intento de crear permanencia. Este objetivo va de la mano con el que las mujeres han establecido por sí mismas. Tomando esto en consideración, sería menos sorprendente que apareciera alguna confrontación entre la praxis y los objetivos de la investigación.

Esta experiencia no sólo enriqueció el proceso de trabajo metodológicamente, sino que también arrojó luz sobre sus experiencias y percepciones subjetivas en relación con los significados de la feminidad.

II: LA VIDA PUESTA A ESPERAR

La búsqueda de información con relación a los significados que la feminidad asume trajo una doble confrontación. La primera apareció cuando me di cuenta, dolorosamente, de cómo las mujeres que se prostituyen se perciben a sí mismas y perciben sus vidas.

Las mujeres que se prostituyen no pertenecen a un molde. La forma en que enfrentan su vida no puede reducirse a un conjunto de rasgos de carácter. Sin embargo, la mayoría de las mujeres que pude conocer sí compartía aspectos comunes a pesar de expresarlos de manera distinta. Un motivo oculto que se insinuó anteriormente y que estuvo presente en muchos de nuestros encuentros fue la vergüenza que sentían de la forma en que ganaban el dinero. Algunas veces lograba ser expresado, pero otras podía sentirse más

15. El tema de las mentiras es fascinante y merece mayor atención. Sin embargo, va más allá del alcance de este trabajo como para entrar en él a profundidad.

bien a través de sus actitudes con respecto a sus vidas y a cómo se trataban a sí mismas. Era como si negaran parte de su ser mujeres porque lo que están haciendo es “vergonzoso”.

La segunda confrontación remece las líneas metodológicas, cuestionando ciertas aserciones que tienen que ver con el ideal de las relaciones interpersonales en el trabajo de campo. Esto puede ilustrarse mejor con dos ejemplos:

En su artículo “The dialogic of Ethnology”, Dwyer (1979) desarrolla una aproximación dialógica al trabajo de campo y afirma que “la función de la antropología ya no puede ser la de hacer presente un Otro ausente, ni la de permitir que desaparezca el Yo. Se convierte, más bien, en una forma particular de la acción social que crea confrontaciones dialécticas y produce un significado intersubjetivo” (1979:211). Patai conceptualiza su relación en el campo de manera similar: “Aunque me fui al Brasil grabadora en mano e hice unas cuantas preguntas y principalmente escuché, las grabaciones deben ser tomadas como un punto de intersección entre dos subjetividades— las tuyas y la mía, sus manifestaciones culturales y las mías, sus recuerdos y mis preguntas, su sentido del Yo y el mío, sus dudas y mis palabras o gestos (o, algunas veces, viceversa) y mucho más” (1988:146). Aunque ambos artículos toman una postura crítica hacia las relaciones durante el trabajo y conceptualizan las tuyas de modo alternativo, al parecer nuevos ideales han sido contruidos para reemplazar a la relación tradicionalmente ideal que asume que las relaciones de trabajo se convierten progresivamente en una amistad basada en la confianza. En ambos ejemplos las relaciones están propuestas en términos igualitarios. Se reconoce las diferencias, y a partir de este reconocimiento fluye una relación basada en el respeto mutuo. Las relaciones son todavía representadas armoniosamente, aunque haya sitio para más turbulencias.

No es mi intención impugnar el valor de estos ideales. Sin embargo, a pesar de lo que significan, siguen siendo prototipos elaborados, nuevamente, por el Yo occidental. Es el investigador quien ha establecido los nuevos términos y a su vez ha renunciado al poder para desarrollarlos. Pero ¿qué ocurriría si, como en esta situación específica de investigación, el poder del diálogo da al investigador el mínimo espacio para maniobrar y el control de la situación queda en manos de los sujetos? Yo intenté negociar configuraciones alternativas, pero este impase en el diálogo nunca fue completamente superado. Las mujeres que participaron en este estudio no deseaban una

relación que minimizara diferencias. Parecían contentas de ser capaces llevar las riendas de la situación mientras duró el trabajo.

Ambas confrontaciones pueden apreciarse con mayor claridad si presentamos algunos fragmentos de los diálogos sostenidos con María y ocasionalmente con su amiga Gina. Están intercalados con comentarios míos, que iba anotando en mi diario.

Se hizo un intento de mantener intactas las conversaciones, incluyendo elementos que a primera vista parecieran irrelevantes. Sin embargo, volviendo a escucharlas ellas revelaban que la producción de conocimiento en el campo no es un proceso fluido. La información no siempre se daba directamente, sino entrelazada con lo que puede considerarse temas triviales, que son tan parte del trabajo como las respuestas a las preguntas concretas. Aunque esto es de conocimiento común para los investigadores experimentados, cuando se llega al momento de escribir, con frecuencia “lo trivial” es eliminado del texto.

María y Gina trabajan en una discoteca que es un bar de levante de prostitutas. María determinó el curso de la conversación. Cuando tenía ganas de hacerme alguna pregunta estaba atenta; cuando no, me daba una respuesta corta y rápidamente se distraía.

Me acerqué a ambas. Era la primera vez que nos hablábamos. Gina empezó a hacerme diversas preguntas. Yo respondía y lanzaba preguntas en el mismo tono cortante que ella usaba. Empezamos a hablar de mi trabajo.

M: La única forma de que obtengas una entrevista es que pagues por ella. (Golpeó una palma contra la otra mano.)

L: ¡Ah!, ¿eso es todo lo que valen tus palabras? Creí que valían más que el dinero. (Mi reacción me sorprendió a mí misma. Unos meses antes me hubiera sentido intimidada y respondido más bien tímidamente.)

M: (silencio)

M: La única manera de que sepas cómo es es si participas por lo menos una vez. (Lo dijo con hostilidad.)

L: Eso sería muy confuso. No creo que sea necesario y además no es mi objetivo saber la realidad; ni tú ni yo podemos saber cómo son nuestras diferentes realidades.

De repente, Gina me tocó los senos. No creía que yo estaba usando sostén. Le aseguré que sí. Definitivamente me estaba probando, tal vez tratando de descubrir quién era yo a juzgar por mi reacción. Mientras duró nuestra relación Gina siempre se las arregló para poner su mano donde no debía y yo le respondí con el mismo gesto.

En cierto momento hablaron de la posibilidad de que tuvieran que regresar a sus casas caminando.

G: No te preocupes, Lorena nos dará dinero para un taxi.

L: (Silencio. Pensando que si ella insistía yo le haría saber claramente que de ninguna manera les daría dinero.)

Llegó un cliente habitual. María se volteó hacia mí y sugirió, bromeando, que yo debía irme con él. Después confesó que él no le gustaba, dijo que tenía SIDA. Era hora de irme y ellas hablaban de cómo se regresarían a su casa. Me levanté para acercarme a mi asistente. Hice un movimiento torpe que llamó la atención sobre mi cartera.

M: ¿Quieres que te agarre la cartera?

L: (La miré a los ojos y supe que ella quería robar algo de dinero.)
No,
yo la llevo, aquí tengo mis cigarros.

Aunque yo tenía ya un tiempo trabajando en “el ambiente”, era la primera vez que alguien trataba de hacerme daño. Me sorprendió.

No sé cómo sucedió, pero con el paso del tiempo la desconfianza mutua que María y yo sentíamos una por la otra de alguna manera se volvió amistad. Ella me caía bien, me gustaba su vitalidad, la manera en que pensaba sobre su trabajo. En mi opinión era muy profesional. Decidí preguntarle si se animaría a hacer una historia de vida conmigo.

Entré esa noche y como de costumbre saludé con un beso a todas las mujeres. Cuando ellas se fueron, le pregunté a María:

L: ¿Crees en mi trabajo?

M: ¿Qué, exactamente, es lo que haces?

Le expliqué mi trabajo una vez más y puse énfasis en las historias de vida. Estaba pensativa.

L: He hecho entrevistas a otras mujeres.

M: Creo que es mejor que lo hagas con otra persona, yo no soy el tipo para eso.

L: ¿Por qué?

M: He dejado el pasado atrás. No quiero pensar sobre eso, no quiero pensar en el futuro, sólo vivo para hoy. No quiero pensar en eso porque no quiero reconocer cómo me gano la plata, me la gano de una manera desagradable. No hablo con nadie, siempre me he guardado mis cosas para mí. Ni siquiera hablo con mi madre. Si ella me hace demasiadas preguntas me molesto con ella. Así soy yo. Si necesito hablar con alguien acá están las chicas, ellas están en el mismo escenario.

L: Pero antes me dijiste que no les dices todo, que mientes; ¿no necesitas alguien con quien hablar?

M: Mentir alivia.

Admiré su honestidad. Aunque respetaba su decisión, me deprimió. En su trabajo ella es calculadora y parecía tenerlo todo bajo control. Era doloroso descubrir lo que pensaba de sí misma.

En la discoteca pasé mucho tiempo hablando con ella, haciéndole compañía. Ella decía que yo era su amuleto de la buena suerte; cuando me sentaba junto a ella siempre se las arreglaba para salir¹⁶ por lo menos una vez. Sin embargo, era ella quien determinaba si hablaríamos o no. Algunas veces estaba atenta y otras me daba respuestas sin haber realmente escuchado lo que yo decía.

María estaba sentada con Gina; me uní a ella. María se volteó hacia mí y dijo:

M: ¿En qué trabajas?

Le expliqué de la manera más simple que pude el confuso sistema de postular a una beca y continué:

L: Me paga un instituto holandés. Soy antropóloga.

M (a G): Lorena tiene una carrera, ella es antropóloga.

16. «Salir» quiere decir salir de la discoteca con un cliente, normalmente a un hotel.

G: Tú debes saber la respuesta a esto: ¿durante cuánto tiempo tiene la mamá canguro a su cría en su bolsa? ¿dónde hace la cría sus necesidades?

Tratamos de armar juntas el rompecabezas.

M: La mamá sólo tiene a la cría en su bolsa cuando hacen viajes largos y hasta que la cría pueda cuidarse a sí misma.

G: ¿Pero dónde hace sus necesidades? ¿orina en la bolsa?

L: Podríamos escribirle a un experto para que nos diera la respuesta, un zoólogo. (Yo quería cambiar el tema.) María, ¿qué piensas hacer para Navidad?

M: Voy a visitar a mis padres el día anterior y regreso al día siguiente.

L: ¿Y para Año Nuevo?

M: Regreso a la casa el 29 y vuelvo a Lima para el Año Nuevo. No sé qué voy a hacer. El año pasado estuve el Año Nuevo en la discoteca. No quería, pero no había otro lugar adonde ir.

L: ¿Hubo mucho trabajo?

M: Nada. Quizás encuentre una fiesta este año, no sé. Estoy cansada, quiero paz, estabilidad, pero no quiero ir a una fiesta. Por qué meterse con algún peruano que no vale la pena. ¿Tú qué vas a hacer? ¿Tienes alguna fiesta?

L: No estoy segura todavía. ¿Tú qué vas a hacer, Gina?

G: Me voy a mi casa el 15 y me quedo un mes allá.

Volvieron a hablar de mi carrera.

L: Cuando termine este libro me quedaré sin trabajo. En Holanda hay un sistema de seguridad social: si estás desempleada recibes aproximadamente seiscientos dólares del gobierno.

G: Seiscientos dólares es bastante plata.

L: No es mucho, el costo de vida es más alto; pero sí te da una seguridad económica.

M: Me gustaría tener estabilidad, un marido con trabajo fijo, un gringo. Yo no tendría que trabajar, podría cuidar de él y de nuestros hijos.

L: ¿No te gustaría trabajar?

M: Tal vez en otra cosa, pero no en esto. Estoy cansada. Sería maravilloso poder elegir. Realmente me gustaría encontrar a alguien.

A este punto Gina se acercó, puso su banco entre nosotras y empezó a tomar parte en la conversación seriamente. Hasta entonces yo le estaba dando la espalda. Había aprendido a no darle mucha atención porque por lo general me la devolvía agresivamente. Su interés en nuestra conversación me sorprendió.

G: ¿Tus hijos no te llenan?

M: Sólo tengo una hija, no me des más. Ella no está conmigo, yo quiero alguien a mi lado, alguien que pueda darme afecto, estabilidad.

G: Para mí es distinto. Mis hijos me llenan, me dan alegría, no necesito a nadie más. Tú sabes que mi amante de Chincha me invitó a que fuera, dijo que no podía pagarme mucho pero que me daría propinas. No fui, lo dejé plantado.

M: Yo sí quiero encontrar a alguien.

L: No puedes simplemente ir y buscar a alguien, él tiene que venir a ti.

G: Lo único que no se puede buscar es la suerte y la muerte, ellas vienen a ti.

L: Si estás trabajando aquí, ¿cómo puedes encontrar a alguien?

M: No quiero a nadie que tenga que ver con este mundo.

L: Lo que quiero decir es que si trabajas de noche y duermes de día, ¿en qué momento puedes encontrar a alguien?, no puedes.

M: Tú también tienes que apurarte, Lorena, ya no estás joven, tienes que formar tu hogar, tener una familia. Yo estoy cansada, quiero salir de esto, quiero irme a otro lugar.

L: ¿Por qué no lo haces?

M: Me asusta.

L: ¿Cómo crees que yo me he sentido cuando iba a venir aquí, o cuando me iba a Holanda? No es fácil pero uno se acostumbra.

G: Cómo podrías irte, María, no conoces a nadie fuera del Perú. Las chicas que conoces y que están en Europa te dicen que no vayas porque no es fácil; ellas no van a ayudarte.

M: Pero Lorena tuvo que adaptarse, estoy segura de que para ella no fue fácil al principio.

G: Bueno, yo estoy segura de que voy a salir de esto. Tengo fe en mí misma y en Dios. Un día me voy a ir. Voy a sacar mi visa para Estados Unidos.

L: ¿Cómo?, no es fácil.

- G: Tengo mis contactos y voy a trabajar en cualquier cosa, no importa con tal de que no sea en esto. He estado aquí dos años y cansa, te consume.
- L: María, ¿cuánto tiempo llevas tú en esto?
- G: Está aquí desde hace un año y antes estuvo un año en otro sitio.
- L: Gina, ¿qué hacías tú antes de trabajar aquí?
- G: Vendía comida en la calle.

Hubo otros elementos en la conversación que no he presentado y que se referían a encontrar soluciones temporales para problemas del presente inmediato. Decidí darle algunas sugerencias a María después de escuchar repetidamente sus quejas. Por ejemplo, cuando dijo varias veces que estaba cansada, le pregunté por qué no se tomaba unos días y se iba fuera de Lima, para relajarse y sacar su cabeza de estos problemas. Cada sugerencia encontraba la misma reacción: María se volteaba hacia Gina y empezaba a hablar de las chicas que conocía que habían dejado el negocio. Luego cambiaba el tema y empezaba a hablar muy rápido (con frecuencia hacía esto intencionalmente, porque sabía que yo tenía problemas para entenderla); terminó expresando su deseo de encontrar un extranjero que la tratara amablemente. Pero mis consejos no intentaban medir su respuesta: eran los que yo le hubiera dado a cualquier persona que conozco.

Los extractos de conversación presentados están impregnados del ansia de María por lograr una estabilidad y de sus quejas sobre el cansancio físico y emocional. Aunque por un lado decía que sólo vivía para el momento y no para después, sus fantasías de una vida mejor apuntaban a un futuro indeterminado. Y aunque Gina trataba de llenarse la vida con sus hijos cuando los veía, soñaba con poder irse a los Estados Unidos, lo cual era una proyección tan distante hacia lo desconocido como el deseo de María de encontrar una pareja adecuada. Ambas vivían esperando el día en que pudieran dejar atrás su actual trabajo. Ninguna de ellas mostraba demasiada ilusión para enfrentar su situación actual. Cada vez que mis preguntas las confrontaban con lo inmediato el tema variaba hacia los proyectos que tenían para el futuro o los éxitos obtenidos por sus ex-colegas. Una mejora de cualquier tipo en el presente significaría una aceptación y un reconocimiento de cómo se estaban ganando la vida. María, inclusive, dijo abiertamente que ella no quería que se le recordase esto. Su reacción me confrontó con otra alternativa escogida por ellas. Preferían poner sus vidas a esperar y volver a comenzar el día en que dejaran la prostitución detrás.

Esta interpretación del diálogo no es concluyente. Actualmente hay una dimensión más que debemos añadir. Justo en el momento en que las percepciones negativas que ellas tienen de sí mismas y de sus vidas parecen retratarlas como el prototipo de la víctima, aparece otra imagen. Es entonces que miramos no hacia lo que se está diciendo sino a lo que se está *sintiendo* durante la conversación. La cautela, la desconfianza y la ocasional frustración que yo sentía eran en parte reacciones a la forma en que se me trataba. Sus silencios y la manipulación de nuestras conversaciones constataron el hecho de que ellas tenían el control de nuestra relación y hasta cierto punto de su situación en general, por más que esto aparezca escurridizo. Esta sensación de control era hábilmente articulada, pero en un tipo de comunicación no verbal. Era al mismo tiempo parte de su percepción de sí mismas e infelicidad por el trabajo que realizaban.

Los diálogos revelan la interacción entre las palabras y los sentimientos y, una vez más, entre las asunciones académicas y la praxis. Pude percatarme mejor de su sentido de control cuando nuestros diálogos y los sentimientos producidos me obligaron a cuestionar los ideales de las relaciones interpersonales en el campo de trabajo.

III: SER MIRADA

La confrontación final que aquí analizaremos trata específicamente de las identidades de los investigadores creadas en el trabajo de campo. Las identidades asignadas a mi asistente y a mí contrastaban drásticamente con mi auto-imagen. Esto causó momentos de tensión pero finalmente arrojó mayor luz sobre los aspectos relacionales de género.

Mi asistente es un hombre. Es peruano, nacido y criado en Lima y ya estaba familiarizado con “el ambiente” antes de comenzar este proyecto. Yo soy una antropóloga que para ser extranjera está bastante familiarizada con Lima pero que nunca había entrado en “el ambiente” antes de esta experiencia. Llegué al campo con un bagaje metodológico que partía de una perspectiva feminista.

Aunque no se puede conceptualizar a las mujeres como una categoría universal, prevalece la asunción de que las mujeres encuentran alguna manera de unirse a través del género. Consecuentemente, parecía lógico presuponer que las mujeres que se prostituyen se sentirían más cercanas a una mujer y

más bien rechazarían a un hombre debido a los contenidos de su trabajo. Yo pensé que mi asistente iba a tener más problemas que yo y que las diferencias de género tendrían muchas más implicancias en nuestras relaciones que, por ejemplo, la nacionalidad. Esta confrontación ilustra que las relaciones entre personas del mismo o distinto género son menos predecibles de lo que puede esperarse.

No tomó mucho tiempo darnos cuenta de que había diferencias en las relaciones entre las mujeres y yo, entre ellas y mi asistente. Parecían sentirse a gusto hablando con él, y él no tenía problemas en desarrollar las relaciones. Por momentos yo sentía que conmigo las mujeres mantenían la distancia y trataban de guardar una cierta imagen, mientras que con él se mostraban sin reservas.

En retrospectiva, me he dado cuenta de que él y yo teníamos tipos diferentes de conversaciones. Recibíamos diferentes mensajes e información. Sin embargo, durante el trabajo de campo, este dilema dio origen a diversos momentos de reflexión en los que ciertas dimensiones de los significados de masculinidad y feminidad en el mundo de la prostitución se aclararon.

Los hombres representan diversas posibilidades en el ambiente nocturno. Pueden ser clientes, maridos, cafichos, agentes o mozos. Antes de que las mujeres conocieran a mi asistente él era un cliente potencial. Cuando descubrieron sus intenciones, sin embargo, continuaron hablándole debido al interés, la atención y el respeto que él les manifestaba. Muchas de las mujeres tenían confianza en él y tal vez deseaban un hombre como él en su vida cotidiana. Algunas se enamoraron de él, otras apreciaban su amistad.

No hay sin embargo un rol para una mujer que no se prostituye, y es aun más difícil conceptualizarla si es extranjera. Podría haber unas cuantas excepciones, por ejemplo mujeres que ahora son administradoras y la mayoría de las cuales fueron prostitutas alguna vez, o mujeres que se mueven en el filo de la navaja (y todos esperan a ver cuándo cae). Fue sólo después de escuchar repetidamente y en diversos contextos que yo era una buena mujer que me di cuenta de que estaban dándome una identidad.

El término “buena mujer” contiene un doble significado. El primero muestra su aceptación de una no-prostituta en el ambiente. La amiga que no piensa mal de nosotras, que nos ayuda, que no compite con nosotras, una persona distinta a otras personas que no se prostituyen. La segunda conno-

tación —la mujer que tiene profesión y una vida amorosa gratificante— construye barricadas entre ellas y yo. Para algunas yo representaba el tipo de mujer que ellas quisieran ser. Por ello, mi presencia como la “buena mujer” reforzaba su imagen de sí mismas como las malas, incomodándolas para hablar sobre sus experiencias.

También es lo más probable que haya sido más difícil para ellas olvidar mi trabajo que el de mi asistente. Aunque en un momento yo empecé a distribuir preservativos, ellas sabían que yo no era una trabajadora social. Lo veían más como un favor, como una ayuda para que continuaran su trabajo en forma segura. Fueron ellas quienes empezaron a llamarme “la escritora”. En muchas ocasiones se mencionaba “mi libro” o se preguntaba por él. Mi presencia como no-prostituta constantemente les recordaba para qué estaba yo con ellas. La presencia de mi asistente se mezclaba con el ambiente y con frecuencia las mujeres se irritaban cuando se les recordaba que él también estaba haciendo un trabajo.

En la posición de la “buena mujer” yo era continuamente comparada, aunque tal vez no siempre conscientemente. Yo era o bien una excepción al prototipo de la “buena mujer”, o bien, en la relación con ellas, el reflejo de esta misma mujer de la que a, otro nivel, yo era distinta. Ellas mantenían las dicotomías de género entre nosotras. A pesar de que traté incesantemente de romperlas —por ejemplo mostrando mi “lado malo”; aunque de vez en cuando tomé mucho mucho, logré establecer contactos cercanos y hacer amigos— las percepciones y definiciones que ellas tenían de mí como no-prostituta y de ellas como prostitutas no pudieron ser totalmente superadas.

Algunas anotaciones finales

En las páginas precedentes he intentado presentar significados de (la identidad de) género que fueron construidos en las relaciones interpersonales mientras duró el trabajo de campo. No ha sido mi intención dar definiciones simplistas ni tampoco entrar al debate de qué es realmente el género. Con las tres confrontaciones que se ha retratado episódicamente he pretendido dar al lector la posibilidad de entrar en el contexto del “ambiente” y sentir el género en el trabajo.

Las confrontaciones que encontré en medio de esas noches básicamente surgieron como reacción a mi presencia y a los objetivos del proyecto. Los

significados que resultaron de ello están derivados de las interpretaciones reflexivas de estas confrontaciones. Aunque las he separado en tres distintos episodios, en la práctica están entrelazadas. Así, el hecho de que las mujeres protejan sus vidas privadas unas de otras y también de los extraños —que fue una de las conclusiones en la primera confrontación— puede apreciarse en el diálogo que se presentó a continuación. Sus percepciones sobre mí como la “buena mujer” influyeron en nuestra amistad profundamente y determinaron en gran medida el tipo de información estaban dispuestas a dar. El apodo que me dieron, por ambivalente que fuera, estaba presente en todos nuestros encuentros y sería absurdo tratar de cortar este proceso de construir la identidad a partir de las dos confrontaciones presentadas.

¿Qué es lo que las páginas anteriores nos dicen acerca de las experiencias subjetivas de género que tienen las mujeres? Una de las facetas que se ha aclarado es la interacción entre los sentimientos de vergüenza y de control.

Si volvemos por un momento a los diferentes discursos sobre la prostitución que han sido presentados, encontramos que los significados estereotípicos de género que son (re)producidos en estos discursos, cuando son yuxtapuestos a los fragmentos de diálogos que sostuvimos María, Gina y yo, muestran cómo estas representaciones de las prostitutas silencian el sentido de control que sienten las mujeres. Al mismo tiempo, cuando las tres confrontaciones son interpretadas, se hace evidente que su comportamiento valiente y alborotado oculta el hecho de que ellas han internalizado las conceptualizaciones negativas, vergonzosas de “la” prostituta. Aun en la manera en que las personas se interrelacionan en “el ambiente” se refleja la interacción entre vergüenza y control.

Al no enfrentar el presente y mirar hacia el futuro lejano, las mujeres negaban algunas partes de sus identidades. Las conversaciones referentes a mi carrera no sólo expresaban sus deseos sino también sus (implícitas) definiciones de sí mismas en oposición a su definición de no-prostitutas. Era su infelicidad la que con frecuencia hablaba a través de estos diversos momentos, pero en otras ocasiones ella era vencida por la manera en que las mujeres controlaban sus situaciones.

Es importante considerar que la conceptualización de estas impresiones sobre la identidad de género como una relación de interacción pretende enfatizar que ambos sentimientos —vergüenza y control— están presentes en sus percepciones de sí mismas. Dependiendo de la situación uno será más

dominante que el otro, pero ambos son parte de la manera en que las mujeres se perciben a sí mismas. También es factible que en otras relaciones en sus vidas —por ejemplo, tal como Gina insinuó en su relato sobre la importancia de sus hijos— la configuración de los significados se expanda para incluir otros aspectos que las mujeres sientan menos en su trabajo y más en su vida privada. Sin embargo, este tema deberá tratarse en otro artículo.

Los significados que emergieron de esta confrontación fueron construidos a través de nuestras conversaciones. Estas no sólo incluyeron palabras sino también acciones, reacciones y nuestra actitud mutua, elementos que no necesitan ser conversados sino sentidos. El género como un sentimiento comunicable en el trabajo de campo es una dimensión adicional para explorar las complejidades de los significados de género. (*)

(*) Agradezco a Aída Alonso por su trabajo de traducción de este documento.

BIBLIOGRAFIA

- Arnold, K.
1977 "The Introduction of Poses to a Peruvian Brothel and Images of Male and Female". In J. Blacking, *The Anthropology of the Body*, pp. 179-199.
- 1978 "The Whore in Peru". In S. Lipshitz, *Tearing the Veil*.
- Avendaño, L.
1892 "Reglamentación de la prostitución", *La Crónica Médica de Lima*. 9(98): 23-30.
- Bambaren, C
1958 "Las Enseñanzas de Eugenesia", Lima: Comité Nacional del Abolisionismo.
- Delacoste, F. & P. Alexander (ed.)
1987 *Sex Work: Writings by Women in the Sex Industry*, London: Virago.
- Dwyer, Kevin
1979 The dialogic of ethnology. *Dialectical anthropology*. 4: 205-224.
- Estupiñan, A., J. Marcos
1958 "Un Milenario Problema: La Prostitución y sus Aspectos en Lima", Tesis, Universidad de San Marcos, Facultad de Medicina.
- Heyl, B.
1979 *The Madam as Entrepreneur: Career Management in House Prostitution*, New Jersey: Transaction Books.
- Moore, H.
1988 *Feminism and Anthropology*, London: Polity Press.
- Muñiz, M.
1887 "Reglamentación de la prostitución", *La Crónica Médica*, 4(48): 55-461.
- 1888 "Reglamentación de la prostitución", *La Crónica Médica*, 5(49): 17-23.

- Nencel, L.
1988 *Expanding Boundaries, Confining Work: Female Homeworkers in Lima, Peru*. Urban Research Working Papers, Amsterdam: Vrije Universiteit.
- Olachea, M.A., M. Aljoven, et al.
1971 "Reglamentación de la Prostitución", *La Crónica Médica*, 34(365): 306-308.
- Patai, D.
1988 "Constructing a Self: A Brazilian Life Story", *Feminist Studies*, 14(1): 143-166.
- Pheterson, G. (ed.)
1989 *A Vindication of the Rights of Whores*, Seattle: Seal Press.
- Rosaldo, R.
1989 *Culture and Truth: Remaking of Social Analysis*, Boston: Beacon Press.
- Santivañez, V.
1945 "Algunos aspectos del problema sexual", *La Crónica Médica* 62(981): 81-83.
- Solano, S.
1936 "Prostitución y abolicionismo", *La Crónica Médica*, 53(874): 62-164.
1937 "Dos años de propaganda abolicionista" *La Crónica Médica*, 54(891): 303-305.
1952 "La Prevención de la Prostitución y la Rehabilitación de sus víctimas en el Perú", Lima: Comité Abol. Peruano.
- Stoller, P.
1989 *The Taste of Ethnographic Things: The Senses in Anthropology*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Valdizán Medrano, H.
1909 "Contribución de la reglamentación de la prostitución", *Gaceta de los Hospitales*, 61(138/139): 148-151.

Villar, L.

185a "La prostitución en Lima", *Gaceta Médica de Lima*, 2(39): 170-171.

1858b "La prostitución en Lima", *Gaceta Médica de Lima*.